

tres personajes

por José Luis Ontiveros

I. EL BIBLIOTECARIO.

Se sentía con los párpados cargados de arena, un ligero dolor de cabeza enturbiaba su concentración, sus manos blancas y delgadas apenas podían sostener el pesado libro que leía, abstrayéndose de la vida petrificada de los párrafos, pensaba que las palabras como expresión de siglos olvidados son esencialmente inmutables, pues en nada les afecta la fatiga o el dolor de los hombres, recogen las cenizas de las grandes hazañas, los sueños abstractos, las pasiones intensas, desligándolos para siempre del instante que los engendró.

Sus manos blancas descansaron en la cubierta del libro y con una profunda apatía encendió un cigarrillo, se dijo que si las palabras pueden ser desintegradas inmediatamente por el tiempo, es posible preservarlas de su destrucción y hacerlas invulnerables, creyó descubrir que una biblioteca al ser un cementerio infinito de conceptos es al mismo tiempo una fuente permanente de nuevos significados, con cuidado tiró la ceniza de su cigarro en la alfombra y contempló las nubes del humo difuminado y blanquecino.

Todas sus reflexiones sobre las palabras de pronto se detuvieron bruscamente, paralizadas por una

angustia imprevista, si bien en su oficio como bibliotecario había encontrado la vida recogida y tranquila que había ansiado en su incolora juventud, siempre había deseado en el secreto de las aspiraciones prohibidas el deleite de la energía misteriosa, en un principio trató de remediar su insatisfacción viviendo artificialmente la vida de otros hombres, pero sus venas se habían vuelto viejas, sus hijos habían crecido, y ya nada le decían los antiguas novelas preferidas de su juventud, era como si una monstruosa palabra amorfa le hubiera devorado los nervios.

En ese tiempo en que la fealdad de la calle se le hacía más aguda, en que lo desquiciaba cualquier ruido, y en el que sentía una sensación viscosa al frotarse la piel en el baño diario, lo sorprendió la lectura de un episodio de las guerras religiosas europeas del s. XVI.

Pase a su existencia vulgar y monótona se había sentido atraído por aquellos combates en que los hombres morían por la belleza ignorada de una realidad eterna, en la biblioteca había atesorado como un sepulturero maníaco las palabras muertas testigos de las guerras metafísicas de los hombres, estas palabras encarnaciones de ideas por las que se había luchado a sangre y fuego vivían ahora en su ordenada conciencia de bibliotecario responsable.

Pedro Menéndez de Avilés, un recio capitán asturiano, había recibido la orden de Felipe II de ir a recuperar el dominio perdido de la Florida ocupada por bucaneros hugonotes, a el Rey católico no le importaba tanto la conservación y el acrecentamiento de la gloria terrenal de España, como la preservación en el universo de su concepción espiritual del mundo. El Rey del Imperio en donde no se ponía el sol era en realidad un egregio prisionero de los conceptos. Vivía como él en un laberinto infinito de signos.

En las tardes lluviosas de reflexión y de morriña la desierta biblioteca parecía bostezar con el agotamiento de una cultura milenaria, la hazaña realizada por conservar una totalidad articulada de palabras y de significados había despertado en su corazón dormido a la aventura el hambre de hechos memorables.

Al principio de la primavera de 1565 había salido de España una escuadra de diez buques, llevando a bordo 500 colonos y varios cientos de soldados con el fin de expulsar a los intrusos calvinistas, cuatro siglos más tarde, en una biblioteca, un hombre tomaba un café creyendo ser, mientras lo sorbía a pequeños tragos, un valeroso soldado del Imperio.

Entre las filas interminables de libros congelados la historia volvía a repetirse y otra vez se desenvainaba la espada y se creía en la Cruz. Pensó que la distancia que nos separa de múltiples instantes irre recuperables es en realidad una inmensa parábola si se logra sustraer del tiempo la vulnerabilidad de los conceptos, se dijo que nada importaba que los





hombres que realizaron la proeza fueran ahora polvo o sombras históricas de un pasado legendario, aún es posible desenterrar el humo de los siglos muertos si estamos dispuestos a morir por ello. La muerte no hizo temblar el brazo de Pedro Menéndez de Avilés, porque la muerte como las palabras está cargada de significados distintos, irreductibles a los intrascendentes cambios de los hombres.

Supo que en su soledad él también podía combatir por cosas invisibles, y sin quererlo sus ojos se llenaron de asombro.

Los días que siguieron fueron de desvelos y de fiebre, todo había adquirido un nuevo contorno, y él se deslizaba sin asideros por un espejismo desgarrado por el tiempo.

Ya no se creyó un sepulterero de palabras, ahora forjaba con la sangre de sus sueños el verbo eterno y definitivo.

Una tarde descubrió que todo sería inútil si no estaba dispuesto a afrontar el aliento pestilente de los siglos descompuestos, pues sólo el valor y la fe libran a los conceptos de la muerte.

Pensó que los españoles habían arriesgado su existencia física en mares desconocidos y tierras extrañas para ir a propagar lo que creían, se sintió desmadejado por el terrible calor de la Florida y por el viaje en un mar bravo y misterioso.

En la noche sus blancas manos se agitaron en la penumbra y la muerte le pasó rozando como un pesado cuervo. Al otro día el cielo apareció puro y azul como una palabra inalterable, era a principios de la primavera, los pájaros cantaban y la vida resurgía de la oscuridad fría del invierno, con pasos lentos descendió al sótano de su casa, y hurgando en un viejo cofre de madera halló la bufanda de seda de su juventud, pensó que ese momento jamás hubiera ocurrido si unos españoles en el s. XVI no hubieran viajado a la Florida.

Se dirigió a la vez feliz y nostálgico a la biblioteca, creyó ver detrás de las nubes blancas una extensión perdurable y absoluta, al llegar cerró la puerta con sigilo, y contempló las hileras infinitas del pensamiento de los hombres, pensó que detrás de la fragilidad y de la disgregación debe existir aquello que desde el principio ha sido, sus libros parecían mirarlo con la tristeza postrera de las palabras que mueren porque nadie ya las leerá, en ese instante cuatro siglos atrás un soldado español caía herido de muerte por un arcabuzazo, en ese instante cuatro siglos después un hombre de manos blancas y febriles transformaba su bufanda en un grueso cordón de seda.

II. EL CONQUISTADOR.

Los pantanos se extendían como espesas capas de ceniza, los árboles afiebrados por los pájaros, parecían sumergirse en el olvido del sueño original, las rodela y las alabardas se fundían bajo los rayos de un sol rojizo, detrás de los manglares, de los caimanes, y de los estandartes, se buscaba la esencia secreta del tiempo.

Al caminar pegajoso y cansado, con las alpargatas llenas de fango seco, la barba astrosa, y los ojos hundidos en los instantes muertos, me era difícil recordar el huerto fresco de mi casa en Sevilla, el alma transparente del vino, y el son de una vihuela bien templada.

Quizá la desintegración de mi memoria, la malaria, y el hambre, fueran de alguna manera las pruebas místicas de las que me había hablado un teólogo musulmán, cuando consulté una de las más densas versiones apócrifas del Alcorán, en una vieja casa morisca de Granada, ahí pude leer: "Los objetos que conocemos son en realidad representaciones, nada existe si el ser no lo forma, el tiempo puede ser los mil nombres del profeta, el desierto o una cimitarra, el dolor o el polvo de estas hojas." Pensé que sólo podemos percatarnos de la existencia del tiempo por la forma que otorgamos a su esqueleto de humo, y que si logramos desentrañar, entre las múltiples ficciones de nuestro entendimiento, cuál es la sustancia que nos liga con su esencia misteriosa, recuperaremos el dominio del conocimiento trascendente. Me dije que de ser esto cierto, necesariamente debería existir en algún lugar del



mundo, una parte donde el tiempo se encontrara detenido.

Intuí que esa región mítica e indestructible, sólo podía estar en el nuevo mundo, pues el viejo estaba demasiado contaminado de crímenes y de herejías para poder albergar la pureza de la verdad. Así es que embarqué, anhelando redescubrir en los pendones imperiales de Castilla, el arcano perdido por los alquimistas.

Al principio creí que el tiempo había encarnado en un animal mágico, y me dediqué a perseguir dragones, ciervos alados, y unicornios, desgraciadamente esta cacería fue estéril, aunque no del todo, porque logré atrapar una salamandra sabia, que murió de murria, cuando me acercaba a la Florida. Después concebí la idea de que el tiempo se escondía en la herrumbre de las rejas y en el moho de las espadas, y buscándolo conquisté el amor y hermosas cicatrices de guerra. Pensé entonces que el tiempo podía estar en la Iglesia o en los libros y recorrí los largos siglos de sabiduría teológica, las ingenuas ideas de los hombres, el silencio de los claustros, y hallé sólo su sombra gigantesca.

Lúcidamente angustiado, comprendí que el tiempo como la mujer se cierra a la esperanza cuando uno ya no cree en su existencia. El tiempo en su inconsecuencia y en su afán vengativo sólo puede

ser domeñado por la indiferencia, lo mismo que la mujer se alimenta de ilusiones y de secretos, y como ella permanece tendido y satisfecho cuando está saciado.

Me dije que el pretender regular una realidad fragmentada con la presencia invisible de un vasto fantasma, era adulterar con un gesto pretencioso el argumento contenido en el Alcorán, pues "si nada existe si el ser no lo forma", luego el tiempo debe esperar a que lo engendres.

Cuando a través de mi paciente inquisición, llegué a la Florida, se me había ocurrido que el tiempo se encubría en un enigma paradójico, razoné que únicamente un territorio insalubre y pantanoso como el de la desconocida península podía guardar la maravillosa fuente a la que se refieren las crónicas de la piedra filosofal y del Santo Grial, pero el tiempo se desvaneció otra vez entre la selva y el calor, furtivo y tembloroso, como un unicornio herido.

Al cabo de esta expedición indagué palabras y signos mágicos para conjurarlo, exploré la Cábala y las leyes de los grandes doctores, pero todo fue inútil.

Ahora viejo y solitario, menos entusiasta y más reflexivo, con mi morrion reposando a mis plantas, como un perro fiel, he llegado a admitir la terrible verdad, el tiempo no es una fuente, ni un ciervo alado, ni un signo mágico; es una ilusión, es una mujer.

III. EL HEREJE.

"Antes que el hombre sea iluminado por el Espíritu Santo, es como una piedra, un tronco o un poco de barro."

(Confesión protestante, citada por Moheler.)

Las llamas se alzaban lentamente como suspendidas en un tiempo infinito, su cuerpo doblado hacia adelante era uno más de los troncos abrasados, en el fondo de la plaza se escuchaba el grito solitario de un ángel, mientras una herejía ardía a través de todas las edades. El nunca se había propuesto ser heterodoxo, había llegado al error, inopinadamente, como un hombre de buena fe que lee por primera vez los evangelios sin querer transgredir el orden eterno de la Iglesia Católica, sin querer, tampoco, proclamar una nueva enseñanza perturbadora. La herejía lo había asaltado en el camino, humillándolo y desvalijándolo, para después abandonarlo con la ciega decisión de la verdad.

Pensó una mañana observando un pescado en un estanque que el pescado compartía la misma naturaleza que el universo, esto es, la esencia inmutable de lo que ha sido creado por la omnisciente voluntad divina, de alguna manera él era como el pescado, una idea en la memoria de Dios, luego podía ser un guijarro, una nube o un excremento. Nada se libra de formar parte del todo.

Este concepto se le antojó irreverente y clandestino, se dijo que si efectivamente era cierto, la suprema autoridad de la Iglesia como la del Estado es falsa, ya que sustancialmente en nada se diferencia el Vicario de Cristo del más abominable y contumaz de los herejes, como el Emperador del más vicioso y cruel de los rebeldes, razonó que el establecer estas sacrílegas analogías era ya un monstruoso atrevimiento dogmático, sangriento e irrepetible como el desflorar a una doncella.

Por ese tiempo le ocurrieron dos cosas importantes, se enteró con fingido pavor intelectual de los desaguisados realizados por los furiosos anabaptistas en Alemania, y descubrió un texto griego donde pudo leer el origen de su tesis. Dedujo de cada acontecimiento una cosa distinta, creyó ver en la sublevación de los sectarios la irreversible práctica de sus ideas, posiblemente los delirantes aldeanos alemanes que siguieron a sus improvisados profetas estaban muy lejos de comulgar con sus principios metafísicos, pero para alguien que tiene la certeza de que todo lo que existe es en su sustancia eterna indivisible, posee el mismo valor exilógico un crimen que una oración. Nada significaba el que la chusma protestante hubiera incendiado monasterios e iglesias, condenado a la hoguera inocentes, sacrificado niños, violado y saqueado, lo único que era

menester tener en cuenta es que ese conjunto de rústicos había conquistado la atroz conciencia de que la Iglesia como el Emperador son virtualmente un escarabajo, unas alpagatas o un maravedí.

El texto griego que descubrió fue un escrito de Empédocles de Agrigento, en donde el filósofo afirmaba: "He sido un niño, una muchacha, una mata, un pájaro y un mudo pez que surge del mar", en esta declaración empedocliana de la trasmigración de las almas, encontró un sentido oculto que hizo corresponder con el ominoso espíritu de su tesis, pensó que si Empédocles había podido ser en diferentes instantes, identidades distintas, nada impedía que un cristiano al considerar a Dios creador de todo lo existente pudiera a su vez ser un ángel, un árbol o el viento.

De pronto se sintió en un callejón sin salida, pues si se había servido, tergiversándola, de una sospechosa metáfora pagana para apoyar su tesis, quedaba, sin embargo, un serio problema por resolver, si todas las cosas eran una idea en la memoria de Dios, era por completo factible que la idea del Emperador tuviese atributos concretos que la hicieran idéntica a sí misma y diferente a las demás, por lo tanto única y absoluta, de ser así cualquier metaforización sobre la unicidad de la sustancia sería prolongar el error al infinito; en esos momentos de grave desaliento, en que parecía que el Espíritu Santo cegaba su entendimiento para salvarlo, se dijo que todos los conceptos no son más que una aproximación a un proceso racional perfecto, y volvió a metaforizar el absoluto.

Razonó que si el universo ha sido creado en la unidad, todas las cosas creadas tienden en potencia a recobrar la unidad original, puesto que Dios no pudo haber realizado una creación desarticulada y dispersa, luego estas ideas que pienso, pueden ser suspiros o pájaros, y esto lo puedo decir porque siento el viento y toco la tierra.

Creía ver en su mente desasosegada e indócil el signo de la muerte de una edad, una edad en la que se había matado y muerto por lo que ahora él negaba, quizá el pensamiento de que el Papa podía ser un clavo, un réprobo o una espada toledana, no era más que la nostalgia de los símbolos absolutos que se desangraban.

Su temeraria tesis posiblemente hubiera pasado inadvertida en aquel tiempo fecundo en herejías, si comentándola con un teólogo no hubiera escandalosamente afirmado, como lo hizo el dulce Melancton, que deben considerarse igualmente como acciones de Dios: "la traición de Judas que la vocación de San Pablo".

Aquella noche soñó que un ángel vencido se transformaba en viento. Al día siguiente la Inquisición lo juzgó. Hubiera podido arrepentirse en el Acto de Fe, pero para alguien que cree en el principio indivisible y universal de la sustancia, lo mismo le da ser hombre de carne y hueso, que tronco, fuego o ceniza.

